

Presentación

JOSÉ LUIS GROSSO

Lo que está en discusión en este libro es el ‘patrimonio’ (del latín *patri-monium*), el legado del *pater*, su memoria, su monumento. Lo que viene del padre sedimenta y se acumula a los pies y sobre las espaldas del hijo. Es lo que da al concepto de ‘memoria’ su carácter de amontonamiento visible: los residuos, los restos del padre, sus herencias, se transponen metafóricamente en la materia en monumentos de tierra, cemento y mármol, en bustos y placas conmemorativas. Es el padre el que lega y el que se lega en una línea continua de Historia, tan mimética y plomiza como el apellido. Para ello se ha asegurado la propiedad uterina de la madre: como relata Giambattista Vico en su *Principios de una Ciencia Nueva sobre la Naturaleza Común de las Naciones* (1725: 1741), los varones propietarios de tierras comenzaron a arrastrar a las mujeres a sus cavernas o chozas, encerrándolas allí, para asegurarse de tener ‘hijos ciertos con mujeres ciertas’, dando origen a la figura familiar y jurídica del ‘matrimonio’ (del latín *matri-monium*), ahora no como legado (del padre), sino como propiedad, conocimiento y memoria sobre la madre cierta para heredar otras propiedades anejas a hijos ciertos. Una madre apropiada hacía parte de una herencia a los hijos propios.

Lo que el *pater* hace en la familia, el Estado lo hace en la nación. Lo cual indica que un ‘patrimonio cultural’ de un pueblo tutelado-protegido-legado por un Estado, resulta de una operación previa por la cual se unifica la maternidad de una única nación, siempre por medio de una

represión, una persecución, una guerra, una apropiación y un encarcelamiento. Tal vez de allí provenga el motivo de la célula (celda) familiar como unidad fundamental de la nación para el Estado moderno. En la célula se apresa a la madre con sus hijos. Ahora el Estado amontona a la madre junto con el legado de sus propiedades. La memoria rige así desde un artículo determinado en masculino.

La apropiación uterina del cuerpo de la madre y sus fluidos de amor constituirá las condiciones sobre las cuales la economía política del Capital generalizará el mecanismo de reproducción de la fuerza de trabajo, tanto en sentido productivo material como en sentido cultural inmaterial. Aunque de este modo todo lo así llamado ‘inmaterial’ se aleje, por la vía de la ‘madre’, de cualquier extrapolación idealista que desconozca el lugar destinado a la mujer, a lo femenino y a la diferencia dualista misma de género en la acumulación y explotación de la cultura.

Otra cosa son las matrices locales de creación, que no pesan unilateralmente en la inercia ‘patri-monial’, sino que se juegan en las relaciones que establecen. Aquí, las maternidades matriciales deambulan por valles, cerros, llanuras, ríos y mares, sin que haya *pater* que gobierne su errancia ni Dios que las sujete al falo célibe y al espasmódico sacudón semental de su doctrina. Que una producción y gestión cultural sea relacional, en un sentido multiangular e innovador, destruye el fetiche de la ‘memoria’ y esta se vuelve metamórfica en una dialéctica abierta, dispersa y no teleológica. Para las matrices locales de creación, para aquel magma genésico, aquella *Pjk*” ($\chi\acute{\omega}\rho\alpha$) constitutiva, que abre y orienta la percepción —sin perspectiva posible que la ‘sepa’, tome control de ella y la domine (el *dominus* como otra figura patristica del pater gobernante)—, nada es ‘en-sí’, todo es en-relación. Y por ello nada es solo, nada es separado, todo es en los avatares de sus metamorfosis. Tampoco es mera ‘percepción’, contemplativa y distante: el sentido está untado del barro en/del que se hacen todas las cosas.

No hay nada que resista más la soberanía del padre, que nuble más la definición de los contornos y que corrompa con más sentido la mera conservación y permanencia museística del 'patrimonio' que las metamórficas matrices locales de creación: mujeres errantes, alzadas en las furias del erotismo, que impulsan ruletas de ecuaciones genéticas y agigantan hasta la desmesura familias extensas, de soltería en soltería. No en vano la soltería (y con frecuencia de padres desconocidos, o que desconocen a los ombligados hijos del mundo) constituye un lugar popular de la maternidad en la trasmano de nuestras revueltas y resabiadas sociedades.

El dilema o la mezquina ecuación restringente 'tradición/modernidad', con su afán explicativo y sus cuentas mal hechas, cruje y se quiebra al ensancharse de relaciones y poderes de la comunidad de seres que agencia una trama humana-no humana, siempre alterada, en medio de parejas, celos y contumaces solterías. 'Hibridaciones', ese gesto indiferente del machismo de padres que se creen fuerzas volcánicas siendo, en términos de cultura, meros fuegos de artificio, no es lo mismo que las constelaciones prácticas gestadas por matrices locales de creación. Por eso, las políticas del patrimonio cultural operan a las espaldas de las comunidades locales. Responden a la filiación ciudadana con la que se asume la abarcante sombra del padre bajo el sol del Estado y la del Estado bajo la figura apilada del Padre. Un pase de manos se apropia de los restos: fúnebres, cropológicos, crematísticos, atesorados en la elitista tasa de cambio cultural del oro, el bronce y el mármol. Antiguos edificios de la aristocracia o del esplendor neoclásico del Estado son reconvertidos hoy en museos y centros culturales para las democracias de la inclusión y el acceso ascendente, siempre un poco más abajo de la impertérrita y callada más alta cultura. En cambio las matrices locales de creación no se cierran sobre sí, no se espectacularizan en escenarios, trabajan y festejan a la intemperie: no acumulan expresiones, con sus ferias multiculturales de colores, vestidos, danzas y sabores, y sus precoces y efectivos telegramas turísticos. Las matrices locales de creación abren políticas de hospitalidad, crecen en el don, nunca se conservan iguales a sí mismas,

siempre se arrojan al riesgo de enlazar nuevas relaciones y de diversificar los poderes. Enlazan monstruos animales a la carrera y al aire libre.

Si pudiera decirse, con la boca torcida y rechinando entre dientes las palabras, se diría que las matrices locales de creación son el 'patrimonio' práctico de toda comunidad local, que tira por la borda todo el patrimonio en peso muerto, erigido en museo, memoria y monumento. Porque una comunidad es su alteración en la relación con los otros. No hay cultura que no lo haya sido, y no lo sea aún, siempre en la trama relacional de los otros como su caldo de cultivo. Si hay cultura es porque no tiene dueño, nadie tiene propiedad sobre ella, sabe de escrituras miles siendo aún, bajo el dominio letrado, analfabeta, inscribe en el carnosos olvido de los cuerpos sus constelados cielos y reverbera en la noche de los tiempos desde sus huesos indómitos y al raso de las tumbas desveladas.

¡Sí saben de ello (por darle un nombre de omnívota figura e indómita tradición) todos los carnavales clandestinos!...

Referencias citadas

Vico, Giambattista.

2012. *Principios de una ciencia nueva: en torno a la naturaleza común de las naciones*. Fondo de cultura económica de España, Madrid.